

PROSAS APATRIDAS

56

Julio Ramón Riveiro

Un amigo me revela negligentemente, como si de nada se tratará, algo que ocurrió hace años, muchos años, y de pronto siento dentro de mí un derrumbe de galerías. Zonas íntegras de mi pasado se hunde, se anegan o se transfiguran. Esto me sirve para comprobar que no somos dueños de nada, ni siquiera de nuestra pasado. Todo lo que hemos vivido y que tendemos a considerar como una adquisición definitiva, inmuebles, esta constantemente amenazado por nuestro presente, por, nuestro futuro. La maravillosa historia de amor, que guardábamos en un sarcófago de nuestro de nuestra memoria que visitamos de cuando en cuando para buscar en ella poco de orgullo, de ánimo, de calor o de consuelo, puede reducirse a polvo por la carta que hallamos en un libro viejo en día en que mudamos de lugar la biblioteca. Una puta nos revela una noche que el padre venerado, que permanecía hasta tarde en la oficina para ganar más y mantener con holgura a su familia frecuentaba a esa misma hora los prostíbulos más abyectos de la ciudad. Por azar descubrimos que le amigo adulto que admirábamos de niños, porque era con nosotros tan generosos y tan asiduo, era un pederasta que nos hacia astutamente la corte con el propósito de corrompernos. Pero no todo se deteriora en esta permanente erosión del pasado. También las épocas sombrías se iluminan. Así, la abuela que odiábamos y que llenó de rencor nuestra infancia por su severidad, su malhumor, sus caprichos, era en realidad una mujer buenísima, que sufría un mal incurable y que repartía prospectos de madrugada en las casa para poder con su salario comprar-nos caramelos. En suma, nada hemos adquirido, ni paz, ni gloria, ni dolor, ni desdicha. Cada instante nos hace otros, no sólo porque éramos cuando ya nada pueda afectarnos, cuando - como decía alguien - el cuadro quede colgado en la pared.

**Julio Ramón Riveiro, Escritor peruano,
autor de Prosas Apátridas y los Geniecillos
Dominicales.**

